

# Cierta noción de la mujer

Autor(en): **[s.n.]**

Objekttyp: **Article**

Zeitschrift: **Textiles suizos [Edición español]**

Band (Jahr): - **(1960)**

Heft 3

PDF erstellt am: **22.07.2024**

Persistenter Link: <https://doi.org/10.5169/seals-797154>

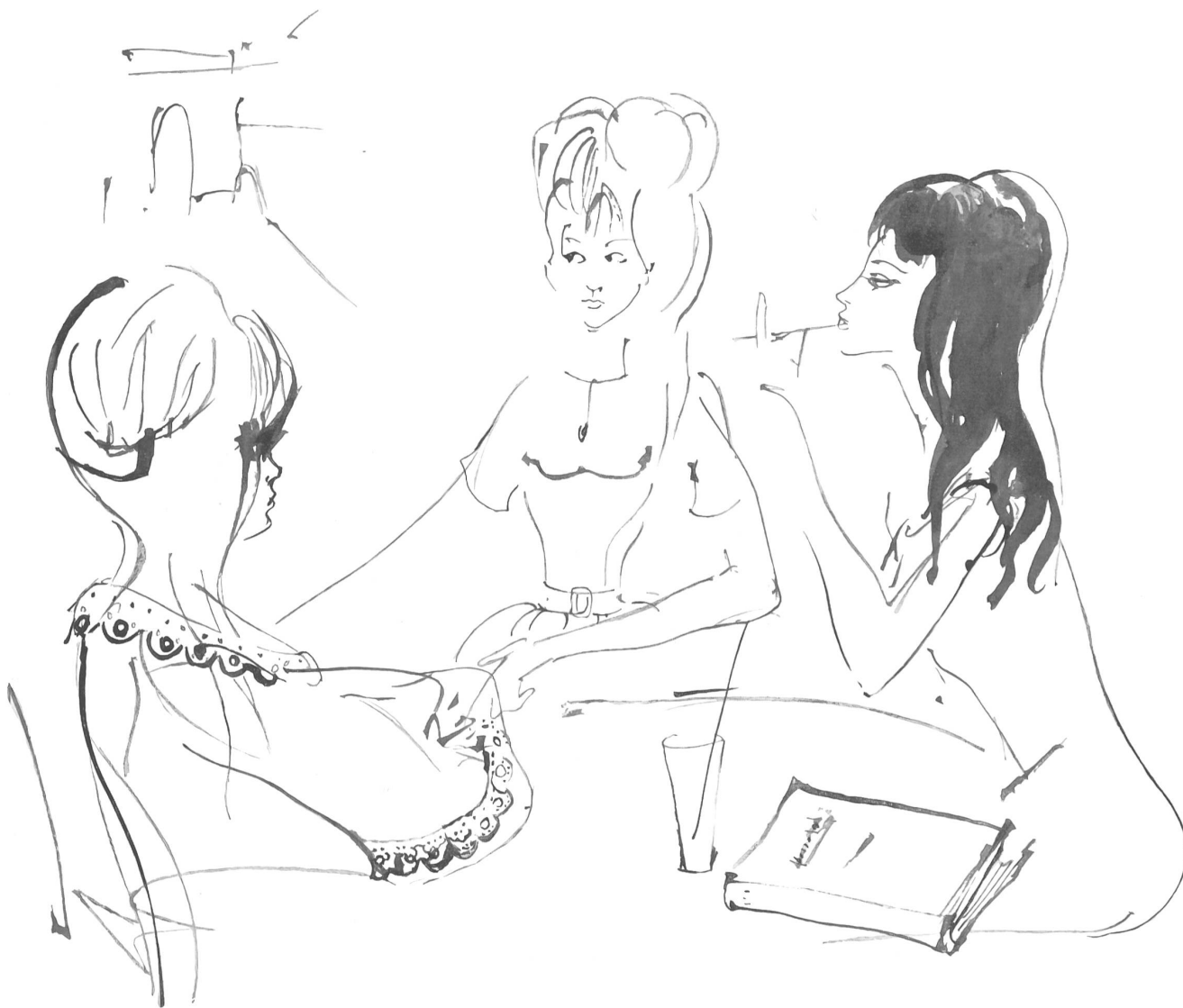
## **Nutzungsbedingungen**

Die ETH-Bibliothek ist Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Inhalten der Zeitschriften. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern. Die auf der Plattform e-periodica veröffentlichten Dokumente stehen für nicht-kommerzielle Zwecke in Lehre und Forschung sowie für die private Nutzung frei zur Verfügung. Einzelne Dateien oder Ausdrucke aus diesem Angebot können zusammen mit diesen Nutzungsbedingungen und den korrekten Herkunftsbezeichnungen weitergegeben werden. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Die systematische Speicherung von Teilen des elektronischen Angebots auf anderen Servern bedarf ebenfalls des schriftlichen Einverständnisses der Rechteinhaber.

## **Haftungsausschluss**

Alle Angaben erfolgen ohne Gewähr für Vollständigkeit oder Richtigkeit. Es wird keine Haftung übernommen für Schäden durch die Verwendung von Informationen aus diesem Online-Angebot oder durch das Fehlen von Informationen. Dies gilt auch für Inhalte Dritter, die über dieses Angebot zugänglich sind.

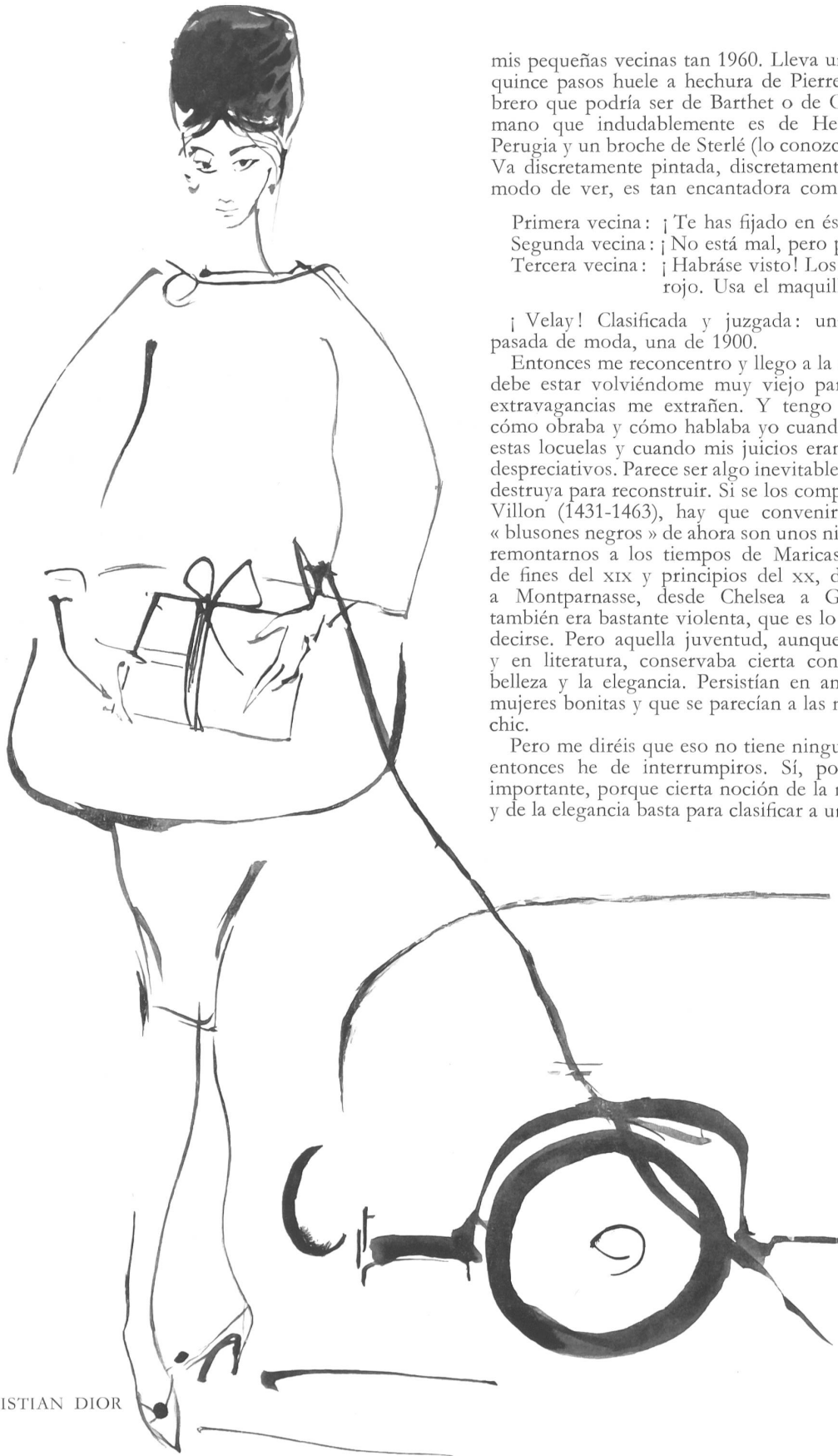
## Cierta noción de la mujer



Domingo de mayo, en la avenida de los Campos Elíseos. El cielo es una seda japonés azul pálida con chales de organdí blanco que flotan suavemente muy en lo alto. A la derecha subiendo, un poco antes de llegar a la plaza de la Estrella, está la terraza de un café, atestada de turistas extranjeros entremezclados con algunos autóctonos. De estos últimos, tres jóvenes están sentadas a la mesa vecina de la nuestra. Tienen el aspecto ése al que acabaremos por acostumbrarnos, es decir, que van peinadas en forma de pilón de azúcar, que el cutis de su cara lleva una mano de imprimación, o digamos un «fond de teint», un tanto terroso, que se pintan los labios de gris y que se han puesto los ojos tan encarbonados como los estilaban las estrellas del cine mudo allá por el año de 1920. Llevan suéters tristes pero bajo los cuales uno de esos sostenes de balconete hace resaltar maliciosamente el pecho, faldas infladas, zapatos que añoran la caricia del cepillo y

bisutería de oropel. Y naturalmente, la cajetilla de «gauloises» encima del velador. Estas tres jovencitas tan 1960 charlan, y charlan mucho. Y no puedo por menos que escucharlas porque hablan claro y en voz alta. Trabajan en alguna casa que, de un modo o de otro, tiene algo que ver con la producción de películas de cine. Me figuro lo que deben ganar al mes y me voy enterando de lo que piensan de los artistas más conocidos y de sus respectivas ocupaciones de carácter íntimo. Si hablase como ellas, diría que escuchándolas estoy muerto de risa.

Súbitamente, apenas a cinco metros de nosotros y precisamente donde está prohibido, se para un Giulietta blanco. Interior negro y carrocería firmada por Pinin Farina, ni que decir tiene. Una especie de galguillo despierta instantáneamente la envidia de mis vecinas, pero su admiración canina queda en suspenso. Porque del Alfa Romeo se apea una mujer joven que parece la antítesis de



CHRISTIAN DIOR

mis pequeñas vecinas tan 1960. Lleva un dos piezas que a quince pasos huele a hechura de Pierre Cardin, un sombrero que podría ser de Barthelemy o de Orsel, un bolso de mano que indudablemente es de Hermès, zapatos de Perugia y un broche de Sterlé (lo conozco por la filigrana). Va discretamente pintada, discretamente peinada y, a mi modo de ver, es tan encantadora como chic.

Primera vecina: ¡ Te has fijado en ésa!

Segunda vecina: ¡ No está mal, pero pasada de moda!

Tercera vecina: ¡ Habráse visto! Los labios pintados de rojo. Usa el maquillaje de 1900.

¡ Velay! Clasificada y juzgada: una antigualla, una pasada de moda, una de 1900.

Entonces me reconcentro y llego a la conclusión de que debe estar volviéndome muy viejo para que semejantes extravagancias me extrañen. Y tengo que preguntarme cómo obraba y cómo hablaba yo cuando tenía la edad de estas locuelas y cuando mis juicios eran tan definitivos y despreciativos. Parece ser algo inevitable el que la juventud destruya para reconstruir. Si se los compara con Francisco Villon (1431-1463), hay que convenir que los jóvenes « blusones negros » de ahora son unos niños de coro, y, sin remontarnos a los tiempos de Maricastaña, la juventud de fines del XIX y principios del XX, desde Montmartre a Montparnasse, desde Chelsea a Greenwich-Village, también era bastante violenta, que es lo menos que puede decirse. Pero aquella juventud, aunque agresiva en arte y en literatura, conservaba cierta consideración por la belleza y la elegancia. Persistían en amar y apreciar las mujeres bonitas y que se parecían a las mujeres que tenían chic.

Pero me diréis que eso no tiene ninguna importancia y, entonces he de interrumpiros. Sí, por cierto, es muy importante, porque cierta noción de la mujer, de la moda y de la elegancia basta para clasificar a una sociedad. Y esa



LANVIN CASTILLO

para una «royal-performance» o un festival y decidme qué es lo que parece. Convergamos en que parece que está disfrazada.

De cuando en cuando, alguna de las grandes revistas ilustradas requisiona una de las estrellas de la nueva oleada, la llevan a casa de Dior, de Laroche o de Givenchy y, después de vestirla, a casa de Arzac para que la fotografíe; el resultado no es nada animador. Y tanto se nota que es un fracaso que, en las páginas siguientes, nos vuelven a presentar a la bella en su casa, despeinada, vestida a la diablo, con un pie desnudo y el otro calzado de un escarpín viejo y abollado. Y ocurre que la bella está así mejor.



MAGGY ROUFF

clasificación surte sus efectos en el plano económico. Volveré a hablar de ello más adelante.

El resultado de ese desafecto es que las mujeres de la «nueva oleada» ya ni idea tienen de lo que significa «vestir bien». Ciertamente que, en cualquier época, la elegancia nunca fue el fuerte de las más jóvenes. Pero se ensayaban y procuraban alcanzar esa elegancia, y la lograban al mismo tiempo que se afianzaban sus formas físicas. Pues bien, ahora, naturales o artificiales, esas formas existen y abultan los bustos e hinchan las faldas, pero ya no se sabe avalorarlas más que con las prendas de lana y con los «blue-jeans». Tómese una superestrella de las de ahora, hágase que la vista un gran modista para una recepción de gran gala,

Eso es lo más grave. Porque lo mismo en Los Ángeles que en Roma o que en París, los ídolos de la época actual ya no saben o no quieren vestir bien. Nuestra época está recreando a la mujer y ya no es una mujer, sino un pequeño ser encantador e híbrido, mal presentado. Pero, como la juventud siempre tiene razón, socava el terreno a aquellos que, desde hace siglos, tienen como única razón de ser el embellecer a las mujeres. Pienso en los creadores de tejidos, en los modistas y sombrereros, en los zapateros de lujo, en los decoradores de interiores que van viviendo de la velocidad adquirida, pero que si se afianza esa nueva manera de pensar y de admirar, verán como se reduce su parroquia y llegarán a atrincherarse tras una élite de gente afortunada y ya no muy joven.

Se me contestará que existe ya una moda para las masas, para los jóvenes, una moda que hará que reviva una gran industria. Me descubriré ante esa gran industria, pero no puedo por menos que deplorar la muerte de aquel chic, de aquella elegancia.

De no ser que gire la rueda, lo que siempre sería posible, y que se cansen la gente de ese estilo «nueva oleada», como llegará a ocurrir, y que, por reacción, se vuelva a encaprichar con el estilo muy femenino. Pero, soy bastante escéptico...

GALA

